

fuerzo que llegó de Europa en 1610 suministró algunos buenos operarios a estas misiones. El más importante de todos fué el P. Diego de Boroa, que se embarcó siendo estudiante teólogo, y llegado al Paraguay recibió las sagradas órdenes a los pocos meses. En 1612 era enviado a la reducción de San Ignacio Guazú, y allí concurrió también el P. Salas. Dejando a los dos más nuevos en la reducción, adelantóse el P. Roque con el P. Boroa a recorrer los bosques situados entre el Paraná y el Uruguay, y a probar fortuna para fundar nuevas reducciones (1). Muy largo sería enumerar las penalidades que en estos trabajos padecieron; pero éstas las sentían ellos menos que la oposición sorda y tenaz que les hacía gran parte de los españoles del Paraguay, quienes miraban con malos ojos que los Padres de la Compañía se opusiesen con tanta fuerza al servicio personal.

Esta contienda abría un abismo entre los encomenderos y los jesuitas, y el celo apostólico se veía coartado más de una vez por la oposición que le hacían los que fácilmente hubieran podido alimentarlo, con sólo alargar algunas limosnas a nuestros pobrísimos misioneros. «En una carta, dice el P. Boroa, me escribieron del Paraguay, que si mudásemos de dictámenes en materia de indios y tasas, que se holgaran sus encomenderos que estuviésemos aquí y acudirían con lo necesario.» Continúa luego Boroa explicando otros altercados que a cada paso les ocurren con los españoles, y añade: «En estas idas y venidas, demandas y respuestas, nos ha cabido siempre nuestra porción y parte, ya diciendo que imponemos mal a los indios, ya que somos engañadores, ya que buscamos nuestros intereses y servirnos de ellos, y que para qué nos quieren los españoles más que a otros sacerdotes, pues no saben de dónde venimos, hasta decirnos en nuestra presencia, que donde estaban los Padres de la Compañía, eran los indios poco obedientes al Rey» (2). Por esta maledicencia y oposición de los encomenderos españoles se entiende la situación dificultosa en que se veían nuestros Padres, necesitados de algún socorro temporal para atraer a los indios, y desprovistos por otro lado de quien se interesara por aquellas misiones tan trabajosas.

A pesar de todo, el P. Roque González y su compañero siguieron infatigables adelante. En 1615, el día 25 de Marzo, fundaron la reducción que se llamó de Itapúa y también Villa Encarnación, imponién-

(1) *Ibid.*, c. 48.

(2) Río Janeiro. Bibl. Nac. *Mss. Angelis*, n. 859. Es el anua de la reducción de *Todos los Santos*, escrita por el P. Boroa y firmada el 28 de Noviembre de 1614.

dole, sin duda, el nombre de la fiesta. Hallábase situada al Sur del río Paraná, a no mucha distancia, según podemos conjeturar, de la actual ciudad de Posadas. En esta reducción hicieron la profesión solemne por Octubre de 1619 los PP. Roque González, Pedro Romero y Diego de Boroa (1). Después de seis años de una existencia algo penosa, fué trasladada esta reducción al Norte del Paraná, en el sitio ocupado hoy por la Villa Encarnación. «Pasamos, dice el P. Boroa, de esta banda del Paraná a buscar puesto para la reducción, y Nuestro Señor nos la deparó tal cual se puede desear, de alegre vista, de muchos montes y excelentes pesquerías, y más sano que el de la otra banda» (2). Efectivamente, estas cualidades posee Villa Encarnación. Ya no queda rastro de la antigua reducción de los misioneros; pero en su lugar se levanta una bonita villa de algunos miles de almas, a orillas del Paraná, que tiene allí como 1.300 metros de anchura.

Con el mismo aliento siguió el P. Roque González fundando otras reducciones entre los dos grandes ríos Paraná y Uruguay. En 1620 levantó la de Concepción. Para 1626 ya tenía en pie las de San Nicolás, San Javier y Yapeyú (ahora San Martín). Hizo además una excursión hacia el Oriente, reconociendo la sierra de Tape y registrando los sitios donde podrían formarse nuevos pueblos. Vuelto al Uruguay, entabló la misión de Candelaria de Gazapaminí y la de Asunción del Iyúí. Por fin, el año 1628, cuando estaba fundando la de Todos los Santos en el Caró, súbitamente obtuvo la corona del martirio, por la traición de un cacique falso a quien había esperado convertir a Dios. Llamábase este hombre Necú, y aunque al principio dió muestras de amistad y parecía favorecer al P. Roque González, pero al fin manifestó su dañada intención, y mientras el Padre disponía y fabricaba el pueblo, el cacique fraguaba la conspiración que había de acabar con el Padre y con dos misioneros que le acompañaban. Hallábase el P. Roque en compañía de un Padre llamado Alonso Rodríguez, natural de Zamora, llegado nuevamente a aquellas misiones. El 15 de Noviembre de 1628, después de haber dicho misa, según nos refiere el P. Montoya, y dadas gracias al Altísimo,

(1) *Hispania. Professi 4 vol.* Es la colección de las fórmulas, ordenadas cronológicamente. En el año 1619 se ve la del P. Boroa, quien hizo la profesión *in reductione Itapuana Divae Mariae Incarnationis, die 18 mensis Octobris anno 1619*. De esto hablan las anuas de la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, escritas pocos días después por el P. Boroa, que se conservan en Río Janeiro, Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 864.

(2) Río Janeiro. Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 866.



quiso por sus propias manos atar la lengüeta a una campana, cosa nunca vista de aquella gente bárbara, para con su sonido regocijar la fiesta. Apenas le vió el cacique Necú ocupado en esta acción, cuando hizo seña a un esclavo suyo, que ya estaba prevenido, para que le matase. Levantó este vil esclavo del demonio una porra de armas, que, aunque de madera, imitaba al hierro en su dureza y forma, y dando al Padre un furioso golpe en el cerebro, le hizo pedazos la cabeza. La misma suerte experimentó el P. Alonso Rodríguez. Dos días después, llegando una tropa de conjurados a otra choza donde se hallaba el P. Juan del Castillo, le acometieron cruelmente y le hicieron pedazos (1). Estos tres misioneros fueron los primeros jesuitas que derramaron su sangre por Cristo en las regiones del Paraguay.

6. Entretanto progresaban las misiones del Guayrá por el celo infatigable de los PP. Cataldino y Masetta, y más aún del P. Antonio Ruiz de Montoya, que desde luego se distinguió como tal vez el más fervoroso entre todos los misioneros del Paraguay. En 1620 le nombraron Superior de las misiones del Guayrá, y poco después lo fué de todas las misiones del Paraguay, cargo instituido en aquella provincia por la necesidad de atender a tantos pueblos sueltos, que formaban como residencias aparte y necesitaban de la dirección de un Superior. El P. Provincial hallábase tan distante y podía acudir tan de tarde en tarde a estos pueblos, que se juzgó indispensable poner un Superior, que fuese como Viceprovincial o Rector inmediato de todas aquellas cristiandades. Este cargo ejerció largos años el P. Montoya. Entre 1620 y 1630 no tuvo punto de descanso, y a su fervor se debieron principalmente los pueblos de San Javier, en la comarca de Tayatí; Encarnación, en el territorio de Nautingui; San José, en la provincia o comarca de Tucutí; San Miguel, en Ibianguí; San Pablo, sobre el río Iñeay. A estos pueblos se añadieron algunos distantes: San Antonio, en el Biticoy; Concepción, en la comarca de los Gualacos; San Pedro, en la misma tierra. Los Siete Ángeles, en tierra de Tayaoba; Santo Tomás, y, por fin, la reducción de Jesús María (2).

(1) Montoya, *Conquista espiritual*, cc. 57 y 58. En el tomo *Paraguaria Historia*, I, existen dos extensas relaciones de este martirio. La primera, que se dice enviada al Gobernador Hernando Arias de Saavedra, no tiene firma, y por el contexto parece ser de algún misionero que habla con el P. Provincial. La segunda es del mismo Provincial, P. Vázquez Trujillo, quien la envía al P. General con fecha 21 de Diciembre de 1629.

(2) De todas estas fundaciones habla más o menos el mismo P. Montoya en su libro *Conquista espiritual*; pero es de sentir que lo haga con tan poco orden y tanta vaguedad,

Por todos estos pueblos corría infatigable el P. Montoya, evangelizando a los ignorantes, resistiendo en más de una ocasión a los hechiceros, defendiendo a nuestros indios de las asechanzas de algunos capitanes españoles, que con un pretexto o con otro querían meter la mano en aquellos pueblos, y llevarse bonitamente por esclavos a los indios reducidos por los jesuitas. Referir los percances que en estos años le sucedieron, las hambres que padeció, los peligros de muerte que hubo de correr en muchas ocasiones, sería tarea difícil, aunque, por otra parte, interesante.

Presentaremos al lector un rasgo solamente de un lance que él mismo nos refiere en su *Conquista espiritual*. Había entrado en cierta tierra de indios con la esperanza de reducirlos a la fe. Llevaba consigo varios indios cristianos, los cuales entendieron muy pronto que los salvajes a quienes se dirigía el Padre estaban animados de sentimientos hostiles y preparaban algún golpe de mano para acabar con el misionero. Efectivamente, al poco tiempo viéronse asomar por todas partes indios con flechas y que disponían sus armas para matar al varón de Dios. Uno de los cristianos fieles recurrió entonces a un ardid singular: tomó el manteo y el sombrero del Padre y encargó a sus compañeros que metiesen al P. Montoya entre la espesura, y él, con el manteo y sombrero, corrió por otro lado, atrayendo hacia sí las flechas y persecución de los enemigos. Perdiéronle pronto de vista sus compañeros, y el P. Montoya se dejó llevar buenamente por ellos adonde le quisieron conducir, sin saber adónde irían a parar. Al cabo de algún rato volvió el indio con el manteo y sombrero, sin haber padecido ninguna herida. Entretanto, «yo me metí, dice Montoya, por el monte con tres indios, y por no dejar rastro nos dividimos por cuatro partes a vista unos de otros... Proseguimos nuestro rumbo sin saber el que llevábamos; topamos por gran ventura en un oculto camino por donde disimular el rastro que dejábamos. Éste fué un acequión o pasadizo y hozadero de jabalíes, metido bien en la tierra, hecho un lodazal continuo y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos, que llevamos a gran ventura dar con este escondrijo. Arrojámonos por él, cuya anchura apenas daba lugar a que uno tras otro pasásemos. El altor era menos, por-

sin precisar nunca ni la cronología, ni mucho menos la topografía de estas fundaciones. En Río Janeiro, Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 873, puede leerse el *Anua de las reducciones del Guayrá*, firmada por el P. Montoya el 2 de Julio de 1628. En este escrito se ven con más brevedad y claridad las fundaciones hechas en aquellos años por este célebre misionero.



que yendo a gatas, metiendo las rodillas y brazos en el cieno hediondo nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza, topaba luego con las agudas espinas de los juncos. Aflicción grande pasé en este estrecho, sucio y espinoso camino, de que salimos como suelen salir los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza lastimada de los juncos, corriendo la sangre por el rostro, que con lágrimas de sus ojos me limpió uno de los indios compañeros». Poco después hallaron algunos indios que les habían ido a buscar, y en cierta canoa los llevaron por el río hasta ponerlos en salvo. Tales eran las aventuras que corrían nuestros Padres en medio de aquellos bosques, entre gentilidades tan abandonadas y entre peligros de todo género, que ellos soportaban con alegría, a trueque de reunir á tantas almas en torno de Cristo crucificado.

7. Las grandes esperanzas de las misiones en el Guayrá, fueron súbitamente interrumpidas por las invasiones de los paulistas, de que luego hablaremos. Estas invasiones fueron un remedo de las irrupciones de los bárbaros en el siglo V. De 12 reducciones que ya estaban levantadas en el Guayrá, destruyeron los paulistas nueve, y las tres restantes fueron trasladadas por el Paraná abajo, a 200 leguas de distancia, hasta situarlas en el sitio donde hoy se pueden considerar todavía sus ruinas; esto es, a pocas leguas al Nordeste de Posadas.

Entretanto, por los años de 1631 indicaron al P. Montoya, que los indios llamados *itatines* deseaban tener Padres de la Compañía. Vivían estos indios a orillas del río Paraguay, en la misma latitud que los del Guayrá, y cerca de la pequeña ciudad española llamada Jerez. El P. Montoya envió al instante dos misioneros, que fueron los PP. Ferrer y Mansilla (1), ambos belgas, encargándoles explorar el terreno y anunciarle después lo que podría hacerse en aquel país. Los dos misioneros hallaron en tan buena disposición a los *itatines*, que al instante el P. Mansilla corrió a anunciarlo al P. Montoya, quien envió otros dos nuevos operarios, y en poco más de un año, entre 1631 y 1632, surgieron en aquella región cuatro reducciones: la primera, llamada San José, y las tres siguientes, con los nombres de Los Ángeles, San Pedro y San Pablo. También a estas reducciones alcanzó la plaga de las invasiones paulistas. De las cuatro, dos fueron destruidas, y las dos restantes, aunque perseveraron algún tiempo en su primer puesto, por fin hubieron de ser trasplantadas a la región

(1) Llamábanse: el primero, Rançonier, y el segundo, Van Sur, pero en el Paraguay adoptaron los nombres españoles de Ferrer y Mansilla.

meridional del Paraguay, donde se situaron cerca de San Ignacio Guazú (1).

8. Otro campo muy vasto se abrió al celo de la provincia del Paraguay en la región inmensa conocida entonces con el nombre de Tape, y que designaba vagamente las provincias meridionales del actual Estado del Brasil, situadas entre el río Uruguay y el Océano Atlántico. Conocían los españoles la topografía de este país por los ríos que lo surcaban y por algunas sierras que dividían aquellas vastas extensiones de terreno. El P. Roque González de Santa Cruz había penetrado el primero en la parte occidental del Tape, y dado los primeros pasos para fundar reducciones de indios en aquel país poco explorado. Su gloriosa muerte, ocurrida en 1628, interrumpió la extensión del Evangelio por estas regiones; pero en 1632 el P. Romero, uno de los más fervorosos apóstoles del Paraguay, entró resueltamente en este país y fundó la reducción de Santa Teresa. Vióse levantar luego otro pueblo, con la advocación de San Miguel; a no mucha distancia, los PP. Benavides y Bertold fundaron otra reducción con el nombre de Santo Tomás, y de este modo, en el espacio de unos cinco años fué poblándose de reducciones la región del Tape, entre los grados 29 y 30 de latitud austral, y estas reducciones se hallaban situadas bastante al Oriente del río Uruguay (2). La invasión de los paulistas detuvo el progreso del Evangelio en estos vastos países. Fueron destruidas en 1638 las principales fundaciones que se habían levantado en los seis años anteriores. Los misioneros procuraron salvar lo que pudieron de aquellos pueblos, trasladando a los indios hacia el Occidente para colocarlos en puestos menos accesibles a los colonos del Brasil.

9. Este movimiento de transmigración del Norte hacia el Sur y del Oriente al Occidente, hizo que las reducciones tomaran la posición que definitivamente conservaron hasta fines del siglo XVIII. Aunque muy mermadas de lo que habían sido diez o doce años antes, existían 27 reducciones en 1647 (3). A consecuencia de las graves turbaciones padecidas en el Paraguay por la causa de D. Bernar-

(1) Estas fundaciones entre los *itatines* las explica el mismo P. Ferrer en el anua de aquellas misiones que escribió el año 1633. Consérvase este escrito en Río Janeiro, Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 878.

(2) Sobre estas reducciones véanse dos memoriales del P. Vázquez Trujillo, Provincial (uno de ellos dirigido al Rey), fechados el 2 y el 6 de Julio de 1632. Hállanse en el Archivo de Indias, 75-6-7. También habla algo, aunque con mucha vaguedad, el P. Montoya, *Conquista espiritual*, c. 64 y sigs.

(3) Así lo hace constar el *Catalogus triennalis* de 1647.



dino de Cárdenas, las reducciones de indios hubieron de sentir algún quebrantamiento, y en 1652, término de nuestra presente relación, el número total de reducciones era de 22. Hallábanse situadas algunas en la parte Sudeste de la actual República del Paraguay donde todavía se leen los nombres de San Ignacio Guazú, Villa Encarnación, Santa Rosa, etc. El principal grupo de reducciones echó raíces en el Estado que actualmente se llama de Misiones, y es la parte más septentrional de la República Argentina, entre el Paraná y el Uruguay; algunas, en fin, se situaron al Este del Uruguay, pero a poca distancia de este río, en territorio que hoy pertenece al Brasil. De este modo se logró que se hallasen más juntas unas con otras, y que pudieran socorrerse con más facilidad en caso de invasión y en las epidemias y otras calamidades públicas que obligaban a especiales sacrificios y dispendios a estas reducciones.

Véase el estado en que se hallaban el año 1652, según nos lo dice el P. Francisco Díaz Taño, uno de los misioneros más conocidos del Paraguay, y que fué enviado a Roma por procurador en el grave negocio de que luego hablaremos. Interrogado por Febrero de 1652 sobre el origen y estado actual de las reducciones paracuarienses, respondió el Padre en esta forma: «Hiciéronse en las provincias del Paraná y Uruguay 48 pueblos, todos de indios infieles y bárbaros. Destos, los 26 los han debelado y destruído los rebeldes del Brasil, y llevado tan gran suma de almas, que afirma Su Majestad en una real cédula, que es de las presentadas, haber testigos que afirman pasaban de 300.000. Solamente han quedado 22 reducciones, las 20 en los dos ríos del Paraná y Uruguay y dos en las provincias de Itatines, donde hoy habrá en las del Paraná 40.000 almas entre mujeres y niños indios, que aunque eran muchos más millares y estaban ya bautizados, como consta de los libros del bautismo, ciento cincuenta y tantos mil, parte de ellos llevaron los dichos, y parte se han muerto con las pestes... En las reducciones de los Itatines habrá como 3.000 almas, según el número de casados que hay, que son 800» (1). Tal es el punto en que se hallaban las célebres reducciones del Paraguay al mediar el siglo XVII. Después progresaron bastante; pero dejaremos para otros tomos la relación de la historia siguiente de estos recién fundados pueblos.

(1) Río Janeiro. Bibl. Nac., *Mss. Angelis*, n. 332. Es un largo escrito con este título: *Autos en razón de las reducciones de los religiosos de la Compañía de Jesús, y sobre la visita de los indios de ellas, y cómo se fundaron y con qué orden. Fechos por el Sr. D. Andrés Garavito de León.*

## CAPÍTULO X

### CONDICIÓN SOCIAL DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY

SUMARIO: 1. Planta general de los pueblos.—2. Gobierno espiritual de los mismos.—3. Gobierno civil. Exclusión de los españoles.—4. Solemnidades religiosas. Costumbres cristianas.—5. Estado económico. Agricultura, industria y comercio con la yerba. El pretendido comunismo.—6. Autoridad judicial, o, por mejor decir, paternal, de los misioneros.—7. Las armas de fuego. Servicios militares prestados a España por los indios convertidos.—8. Hasta dónde se llegó en la civilización de los indios guaraníes.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae Generalium*.—2. *Litterae annuae*.—3. *Paraguaria. Historia*.—4. Documentos del Archivo de Indias.—5. Cardiel. *Breve relación de las misiones del Paraguay*.—6. *Idem, Declaración de la verdad*.—7. Documentos de la Biblioteca Nacional de Río Janeiro.

1. Hemos indicado a nuestros lectores el origen histórico de las principales y más antiguas reducciones del Paraguay. Ahora parece natural que les expliquemos el carácter de aquellos pueblos fundados por los jesuitas, y las condiciones sociales en que vivían los indios, pues siendo tan diferentes de las que observamos en las ciudades de Europa, no puede juzgarse por la analogía de éstas lo que sucedía en aquellas poblaciones, apartadas de todo comercio con los europeos. Es indispensable presentar alguna explicación de aquella sociedad, que no ha tenido semejante, ni la tendrá probablemente en la historia, y que ha dado lugar a juicios tan encontrados entre los historiadores y economistas modernos. Procuraremos ser breves, remitiendo para más explicaciones a la extensa obra que ha publicado sobre esta materia el P. Pablo Hernández, S. J., con el título de *Organización social de las doctrinas guaraníes* (1), y al opúsculo del

(1) *Misiones del Paraguay.—Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús, por el P. Pablo Hernández, S. J.* Barcelona, Gustavo Gili, editor, 1913. Dos tomos: I, 601 páginas; II, 723 páginas en 4.º Esta obra fué premiada por la Academia de la Historia con el premio Loubat, en 1914. En el tomo I estudia el P. Hernández la estructura de aquella sociedad singular, el modo de constituirse la familia y el municipio, la sumisión que reconocían a los gobernadores del Paraguay, el vasallaje que prestaban al Rey, la agricultura, industria y comercio, el gobierno espiritual de aquellas doctrinas y los procedimientos usados por los jesuitas para fundarlas y mante-